



—¡Ring, ring! —sonó el timbre en la casa de las brujas.

—Pasá, Nacho —le dijo al nene que había tocado el timbre la brujita Guadalupe, mientras lo hacía entrar.

Nacho y Guadalupe Sinverruga eran compañeros de segundo en la escuela del barrio. Guadalupe y sus tías vivían en una casa pintada de violeta con un tanque con estrellitas en la azotea. Por eso, y porque los vecinos de esa cuadra eran muy chismosos, a las tías de Guadalupe, Lola y Meche, les

resultaba muy difícil disimular que eran una familia de brujas de verdad.

—¡Uy, qué linda tu casa! —comentó Nacho, mientras recorría con la mirada los tubitos y frascos de colores de la alacena de la cocina—. Parece que acá hacen la comida con muchos condimentos, ¿no?

—Un poco... sí —contestó Guada y, tratando de distraerlo, le propuso—: Vení, que te preparo la merienda.

—Pero, ¿dónde? —preguntó Nacho, sorprendido al ver que lo tironeaban fuera de la cocina.

—En mi cuarto. ¡Con mi escoba de hacer la leche! ¿No te había dicho que tengo una escoba para cada cosa?

—Ah, sí... —contestó Nacho—. La mía con chocolate y tres cucharadas de azúcar, por favor.

Mientras avanzaban hacia la habitación de Guada, Nacho contó unos 27 gatos. Había gatos coludos y rabones, grandes y chiquitos, peludos y pelones.

—¿A que adivino? Las mascotas favoritas de la familia son los gatos.

—¿Cómo lo supiste? —se rió Guadalupe, abriendo la puerta de su cuarto.

—¡Guau! —exclamó Nacho—. Creo que tu colección de escobas es más grande que la de los peluches de mi hermana.

—¡Sí, tengo muchas! De este lado están las que sirven para la escuela; de este, las que sirven para jugar; acá abajo, las que son para viajes en el tiempo, y más arriba...

—Más arriba vivo yo —interrumpió Poli, saliendo del libro de cuentos donde tenía su casa.

—¿Lo ves? No todas las mascotas de esta familia son gatos —se burló Guadalupe. Y agregó—: Poli,



te presento a Nacho, mi compañero de banco. Nacho, esta es Poli, mi polilla mascota.

Poli revoloteó hasta la oreja de Nacho y le suspiró al oído, sin que Guadalupe escuchara:

—Hola, príncipe.

Nacho se puso colorado y extendió la mano pero, ¿cómo se saluda a una polilla?

Mientras, Guada, tomó de la pared una escoba con olorcito a leche chocolatada y otra de la que cayó un poco de azúcar. Cruzó las dos escobas, dijo muy bajito unas palabras mágicas y aparecieron dos tazones de chocolate caliente sobre su escritorio. Y además, un plato con churros.

—¡Mis favoritos! —trató de decir Nacho, ya con la boca llena. Y Guadalupe le alcanzó una servilleta violeta con agujerito de luna nueva.

Cuando Guadalupe y Nacho ya estaban terminando la merienda, se escucharon varios ruidos raros que caían por la escalera:

Trump...

Paf...

Pif...

Tomp tomp tomp to to ta...

Hasta que no se cayó ni se oyó nada más. O sí: dos ¡ay!

—¡Ay! —se quejó la bruja Lola, frotándose la parte donde la espalda cambia de nombre.

—¡Ay! —exclamó dos segundos después la bruja Meche, tratando de hundirse con las dos manos el chichón que le crecía en la frente.

Los chicos, que habían corrido a ver qué pasaba, se quedaron como embobados mirando, no a las tías, sino a lo demás que había caído con ellas.

—Tías, ¿qué les pasó? —preguntó por fin Guadalupe.

—Son unas cajas viejas, nada más —contestó tía Lola, restándole importancia al asunto.

—Sí, estábamos por hacerlas desapare... esteee... guardarlas en el armario de arriba, Guada... —explicó tía Meche.

—Pero ahora se nos hizo tarde —interrumpió Lola—. Y tenemos que cambiarnos para ir a nuestra reunión.

—Si quieren, nosotros las guardamos, tíitas —ofreció Guadalupe—. Y enseguida, presentó a Nacho: —Este es Nacho, un compañero de la escuela.